

Ricardo Viguera

No habrá Dios
cuando despertemos



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

VIII Premio Tristana de Novela Fantástica
convocado por el Ayuntamiento de Santander.

© Ricardo Viguera, 2016

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2016

ISBN: 978-84-15740-33-9

Dep. Legal: P-37/2016

Diseño de colección: ECHEVE

Fotografía de portada: JUSTINO DIEZ

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A los hijos sin madre del Zurdo Mendieta
que escucharon los capítulos de esta
novela mientras se escribía: Alberto, Blas,
Elpidia, Fanny, Miguel Ángel, José.*

*También al gran Élmer, por su ejemplo,
inspiración y generosidad.*

*Y a mi carnalilla Conchi, para que
nunca olvide que incluso en el Infierno
es posible el amor.*

Where I come from
Nobody Knows;
And where I'm going
Everything goes...

Portrait of Jennie
(WILLIAM DIETERLE, 1948)

Ahora comprendo que es verdad: la vida humana sería como un sorbo de agua en la boca de un hombre cuya ansiedad le obligase a recorrer el Aeropuerto en busca de su final.

Lo aseguré en cierta ocasión, mientras mesaba su estropajosa barba y me examinaba con ojos extraviados, un individuo con aspecto de filósofo a quien conocí en una de las muchas terminales que he visitado en los últimos tiempos. Hablo de tiempos porque me cuesta trabajo hacerlo de años o décadas. Tan prolongada ha sido mi estancia en el Aeropuerto, que difícilmente puedo llevar a cabo una evocación de cómo se sumaron mis días y mis noches, cuáles fueron las épocas que yo abarqué. Y sin embargo, nada ha cambiado ni para mí ni para el Aeropuerto desde que llegué a él, ¿hace cuánto? No. Miento. Esto no es del todo exacto, y ahora que necesito recordar todo cuanto dejo a mis espaldas no puedo olvidar algo tan importante... Algo cambió en lo que parecía ser una mañana clara que los demiurgos del Aeropuerto recrearon con notable acierto. Algo cambió en mis días cuando Amanda llegó a mi muerte.

* *Nota bene*: los capítulos se presentan en orden descendente, del 17 al 0, por deseo expreso del narrador.

Recuerdo que había dejado a Amanda recostada sobre los sillones de un restaurante del lugar. Necesitaba estar sola durante un rato. Cerró los ojos y fingió dormir, como hacía a menudo cuando los recuerdos la obligaban a replegarse en sí misma y se detenía en los lejanos avatares que la condujeron al Aeropuerto y no le proporcionaban descanso. La miré un momento mientras intentaba conciliar un sueño imposible y se revolvía como una niña enfadada. No podemos soñar que soñamos un sueño, como no se puede dormir una noche larga que debería ser dormida hasta que se nos concediese despertar. A pesar de todo, fingimos, pues tal es nuestra humana naturaleza. Aseguran que la vida es un fingimiento permanente, pero no es cierto: más hondo es el fingimiento de la muerte, que es un fingimiento de la vida pasada. Nuestra humanidad nos obliga a fingir, nos obliga a presentarnos ante los demás con cierta edad, ciertas vestimentas, ciertas actitudes adquiridas y recordadas como nuestras... Más allá del tiempo y del sentido, nuestra humanidad nos insiste en no cejar en el empeño de recordar quiénes fuimos y a quiénes pertenecemos, cuáles fueron los tiempos que hollaron nuestros ojos.

Volví a mirar a Amanda allí tendida. Sentía cómo bajo sus párpados palpitaban, de forma nerviosa y hasta febril, los ojos que le daban sentido a mi muerte cuando me miraban a través de la bruma que siempre los cubría. Luego comencé a caminar largamente por la terminal, cruzándome con otras personas que vagaban por el Aeropuerto con el semblante compungido y, en ocasiones, con los puños cerrados, inquiriendo con los ojos que se clavaban como cuchillos en los míos. Lo mejor es no mirar fijamente durante los vagabundeos entre nadie y la nada. Como en las ciu-

dades pobladas por multitudes, de las cuales el Aeropuerto es la máxima expresión, a los integrantes de la masa informe no se les mira nunca a los ojos, a menos que te lo permitan. Una mirada inquisitiva, o una sombra que de repente se cruza en tu camino y cree tener permiso para detenerte pueden ser fuente de complicaciones y, en el Aeropuerto, de historias que necesitan ser contadas y con demasiada frecuencia no ser oídas.

Entré en uno de los asépticos baños de la terminal y me contemplé en el espejo para examinar el estado de mi rostro, que no había cambiado desde el día en que fui abandonado en el Aeropuerto: las mismas marcas de mis treinta años seguían allí, el mismo mentón partido al caer de un olmo a los siete años, las incipientes canas que tan pronto habían inaugurado mis oscuras sienas. De manera mecánica y estúpida abrí uno de los grifos, pero como es natural, no fue agua lo que brotó. Los grifos del Aeropuerto no proporcionan agua, así como los restaurantes no sirven comida; ni las tiendas de recuerditos venden nada que merezca ser recordado, ni las noches fueron concebidas para dormir. En el Aeropuerto la vida cotidiana constituye el sueño. En vez de agua solo brotaron risas entrecortadas y lejanas que ascendían por los caños desde alguna profundidad remota e inclasificable, unas risas que parecían reírse de mí al salir por el grifo y depositarse como sanguijuelas muertas sobre el fondo del lavabo. Me llamé estúpido y deseé con ansias que casi podían herirme haber podido encontrar agua para refrescar la cara que me devolvía el espejo: una cara común de hombre común, de facciones rurales y ojos grises. La congoja y el temor me obligaron a echar mano del bolsillo derecho de mi gabán, donde aca-

ricié el billete de avión que tendría que sacarme de aquel lugar donde el tiempo se ensortijaba alrededor de un circuito sin fin. El billete que habíamos ganado Amanda y yo. Siempre le pedía que, por favor, cuidase mucho el suyo, que lo guardara donde no pudiese extraviarlo y lo mirara de vez en cuando para comprobar que seguía allí, que lo tocase con cuidado pero con firmeza para cerciorarse de que su salvoconducto, lo que en último extremo podríamos llamar la salvación, todavía resultaba ser su pertenencia más preciada. Las risas se extinguieron poco después de hacerse más fuertes y al fin detenerse, como en el palpito de un corazón que retumba y galopa en el pecho antes de quebrarse en mil pedazos para decidir que un ser vivo es un nuevo juguete roto.

Extraje el billete y lo miré fijamente para volver a analizar todos los datos con mucho cuidado. Siempre le decía a Amanda que, a lo mejor, en alguna de aquellas claves incomprensibles, encontrábamos un signo que constituyera una pista. Los funcionarios siempre desestimaban esta opción, y me decían que el avión saldría alguna vez, que esto era casi seguro, pero que para entonces las pantallas lo avisarían con suficiente antelación. Había que estar pendientes de las pantallas, aseguraban, y eso era todo cuanto había que explicar. Desgraciadamente para Amanda y para mí, eso era todo desde hacía demasiado tiempo.

De regreso al restaurante donde Amanda descansaba, volví a consultar las pantallas. Poco a poco logré introducirme en un gran grupo que vigilaba la aparición del avión. Nuestro vuelo, el mío y el de Amanda, era el V7578532N, así lo decía claramente el boleto que ella y yo habíamos conseguido. La mayoría de las veces las pantallas informa-

ban de aviones que no volaban a ninguna parte, vuelos irrealizables a lugares imposibles, fantasías de un demente o de un demonio que se burlaba de la paciencia de los hombres y mujeres varados en el Aeropuerto. De poco servía hablar con los funcionarios. Estos aseguraban que nuestro avión no era uno de esos vuelos inventados, sino uno de verdad, uno que otra vez nos conduciría lejos del Aeropuerto. El único avión posible, el único avión necesario. Amanda y yo habíamos hecho del tejido de la eternidad el vestido con que nos cubríamos en la espera de que una de las pantallas anunciase la terminal y la puerta de embarque de nuestro vuelo. Al fin, prometiéndome que más tarde volvería a consultar otra vez las pantallas, regresé de nuevo junto a Amanda. La encontré sobre un sillón del restaurante con los ojos abiertos, esos ojos grandes y negros que me buscaban con ansia entre la multitud de almas mientras yo me acercaba. Al llegar tomó mi mano e hizo un gesto interrogativo con sus cejas, un gesto al que yo respondí dejándome caer como un fardo junto a su cuerpo menudo y moreno. Recuerdo bien, y quiero fijarlo en mi memoria para no olvidar nada, que Amanda depositó su mano sobre la mía y entrelazó con firmeza mis largos dedos.

—¿Sabes? —comentó después de unos instantes—. Creo que hace unos momentos, mientras tenía los ojos cerrados, pude soñar un poco.

La miré fijamente y tomé entre mis manos la suya, que pareció perderse ínfima entre mis dedos.

—¿Estás segura? —pregunté después de examinar detenidamente su sonrisa, que destacaba graciosamente las rollizas mejillas.

—Fue solo un momento —insistió—, estoy convencida. Creí soñar o recordar que estaba en casa, en la casa del pueblo donde nací.

A continuación guardó silencio, y yo no insistí en revocar sus fantasías. Me concentré en los grupos que se amontonaban bajo las pantallas, y más tarde, me acuerdo con nitidez y no quiero que se me olvide, vi que atravesaba el pasillo de la terminal un grupo de ocho o nueve militares vestidos con uniformes polvorientos de guerras preteritas. Recordaba haber visto esos mismos uniformes en viejas revistas y fotos de mi infancia. Avanzaban con sus bayonetas a paso firme y veloz por el pasillo como si tuviesen el objetivo de llegar a alguna parte, como si tuviesen una idea clara de adónde se dirigían. No pude evitar sonreír sardónicamente y estrechar la pequeña mano de Amanda entre las mías mientras ellos buscaban mis ojos entre la selva humana.

Me digo: esfuérzate en recordar, hazlo por ella.

Sí debo. Aunque sea con la distorsión de mi propia voz. Recuerdo que al despertar en el Aeropuerto todos recibimos una clave que a efectos oficiales nos identifica como individuos únicos. Esto se trata de un hecho universal, y por ello no importa quién seas ni de dónde procedas. No existen excepciones. Se trata de un conjunto de dígitos y caracteres alfabéticos que pueden incluir, y de hecho incluyen en algunos casos, caracteres de alfabetos antiguos o modernos. Mi nombre es Victorio, pero oficialmente es Beta23v9n3i21o16t19v9a16a108. Cuando despiertas en el Aeropuerto adviertes que bajo la muñeca de la mano izquierda (pero a veces bajo la derecha) alguien ha marcado con una especie de tinta indeleble el código asignado que, a partir de entonces, pasa a ser tu clave universal aeroportuaria. Es así como nos convocan a veces a través de la megafonía que inunda esos espacios. Es así como a veces podemos optar a un avión: tras reconocer tu clave universal. Es válida en todas las puertas de embarque de todas las terminales del Aeropuerto, cuya dimensión nadie conoce ni ha

llegado a conocer. Alguien me contó alguna vez, incluso, que ni siquiera los mismos que diseñaron el Aeropuerto son conscientes de su verdadera dimensión ni la conocen por completo. Otro me explicó que el Aeropuerto se construye a sí mismo, como un ente orgánico que, a manera de carne que crece o se regenera, aumenta sus dimensiones a medida que pasa el tiempo o sus necesidades lo exigen.

La clave universal aeroportuaria no implica vivir sometido a una especie de control militar o policiaco, pues quienes vivimos en el Aeropuerto somos por lo general libres de vagar por donde queramos, salvo algunas restricciones oficiales: los pasillos y dependencias interiores habilitadas para que trabajen o moren los funcionarios de quienes todo esto depende. Aseguran que esas dependencias triplican y aun cuadriplican las dimensiones de las salas y terminales diversas. Eso afirman, pero pocos lo han visto. Como una mentira en boca de niños, las leyendas corren de uno a otro y cada vez se vuelven mayores. Cuando escuchaba estas historias no podía decir ni que sí ni que no, porque nunca había accedido a las dependencias interiores. Hoy nada puedo confirmar, salvo que existe un universo completo allá dentro incapaz de ser gobernado por cualquier dios o demonio por grande que sea.

La clave universal aeroportuaria también sirve para obtener la asignación de un avión que te permitirá abandonar para siempre el Aeropuerto. Una vez al día la megafonía anuncia que dará comienzo el sorteo de plazas para los aviones, y entonces nos amontonamos nerviosos y expectantes bajo las grandes pantallas donde, poco a poco, comenzará a aparecer la clave de aquel que haya sido bendecido por la fortuna. Por un momento se suspende el

tiempo laxo y moroso que constituye el tiempo dentro del Aeropuerto. Callan las voces. Los ojos se clavan en las pantallas. Apretamos los dientes. Alguien recuerda cómo llorar. Unos se arrancan cabellos. Otros ahogan un grito. Forma parte del ritual diario de la vida en esta región o reino. El sorteo abarca todas las salas de espera, todas las terminales, toda la piel del Aeropuerto hasta allá donde se extienda, pero solo se celebra un sorteo cada día y hay un solo ganador. Parpadean las pantallas. Arrojan números, caracteres, símbolos. La misma ceremonia ese día, cada día, todos los días, es imposible saber en qué momento ocurrirá. Cuando lo decidan los funcionarios. Solo resta esperar a que el gran momento se produzca, y cuando eso suceda habrá que concurrir bajo las pantallas. Hay mucho en juego. Un juego cruel. Todo o nada. Es habitual que nadie sea elegido para abandonar el Aeropuerto en la sala donde me encuentre. Es lo normal. Nadie podría decir cabalmente cuántos vagamos por la gran mancha del Aeropuerto, y un elegido al día no es nada. No es esperanza. Los funcionarios no tienen prisa. Con frecuencia nos aseguran por megafonía que todos, alguna vez, quizá, es lo más probable, seremos elegidos.

Un día, la pantalla vomitó con parpadeos de luces de feria Beta23v9n3i21o16t19v9a16a108. Me había sucedido muchas veces a lo largo de estos largos tiempos en el Aeropuerto que había estado casi a punto, pero me había faltado un número, o la letra beta, o una vocal, o sobraban caracteres: una diagonal derrotó una vez mi esperanza. Aquella vez no. Por lo general, el juego termina pronto cuando la beta no inicia cada una de las claves que parpadean en las pantallas. Las claves aparecen poco a poco, para que quienes nos apiñamos en las salas tengamos tiem-

po de reconocerlas e interpretarlas bien. Beta. Paralicé hasta el último centímetro de mi cuerpo. 23v. Vamos, caballito. 9n3i. Alguien blasfemó. 21o. Guardé silencio. 16t. Pensé: no falles ahora. 19v. Nunca había llegado tan lejos. 9a. Proferí un gemido. 16a. Mordí violentamente mi puño derecho. 108. Aullé para que todos me oyeran. Intentaba llorar a voz en grito mientras daba vueltas como un trompo con los brazos abiertos.

—¡Es el elegido! —vociferó alguien a mis espaldas. Di varias vueltas sobre mí mismo, agarrando con firmeza la muñeca izquierda con mi mano derecha. Un círculo de individuos me rodeó mientras la pantalla seguía parpadeando mi número con insistencia. Así lo haría durante unos instantes más.

—¡Enseñanos la muñeca! —exigió una de las mujeres de la turba que me rodeaba. Sentí miedo de pronto. Un miedo humanizador. Por un momento temí que me arrancasen la mano y destruyeran mi clave universal. Mi visado. Nueve o diez personas me rodeaban con los ojos muy dilatados. Unos temblaban de envidia y otros de odio. Ostenté la muñeca ante todos, señalándola con el índice de mi mano derecha. Les recité mi clave universal, pues la conocía de memoria, mientras los últimos parpadeos de la pantalla comenzaban a extinguirse, y con ellos, comenzaba a deshacerse, como cada día, todos los días, rutinaria y mecánicamente, la masa amorfa y aceitosa de mujeres, hombres y niños no elegidos. Poco a poco me dejaron solo.

—Felicidades —escuché a mi espalda.

Había sido una voz femenina y delgada como el giro de un pájaro en el aire. Me di la vuelta. Ya no retenía la muñeca con mi mano derecha y había aflojado los músculos de

mi cuerpo. Pronto toda la masa comenzó a deambular de aquí para allá, a ponerse de nuevo en movimiento hacia ningún lado. Descubrí a una muchacha pequeña y morena vestida con ropas humildes. Su rostro era perfecto y redondo, como redonda era su nariz, sus ojos que brillaban como el carbón encendido cuando está a punto de extinguirse y en su corazón solo palpita una brasa. Aparentaba veintidós años, pero algo en su cuerpo redondeado y más bien rollizo le daba una apariencia aniñada, de hada perpetua o pequeña diabla afable y silvestre.

Sonreí. Fue la primera vez que vi a Amanda.